

Textos exposiciones

Pliegues, (Pello Irazu, Galería Soledad Lorenzo, 9/9/04 a 9/10/04), Ubicarte, julio de 2004

La obra de arte en la época de su disolución textual

Deleuze y Berger, dos creadores queridos por Pello Irazu, tenían constantemente por divisa lo singular, una singularidad sin concepto. Esta exposición parece fiel a tal emblema, puesto que casi todo en ella está puesto al servicio de un desvanecimiento central que horadase los sólidos. No se trata nunca de "instalaciones", sino de escultura, pues lo que se eleva y ocupa el volumen con un complicado artificio apresa el vacío que corroe cualquier volumen, toda pesadez. Captar el entre, un espacio de indecisión, de indiscernibilidad: en este aspecto, no parece efectivamente abusivo situar a Pello Irazu en la senda de un Oteiza, un Chillida.

Hay en "Pliegues" una vibración eléctrica y absolutamente moderna de los materiales, las líneas y el color, en torno a un ámbito apenas aludido. Si el trabajo de los maestros de la escultura vasca en el pasado siglo consistió en sugerir la ingravidez a partir de la pesadez de materiales nobles, en este caso nos encontramos con una suerte de retorno de la pesadez a través del ensamblaje casi aéreo de materiales ligeros. En los dos casos, es el desierto lo que nos roza, un eje de opacidad que se fuga del imperio de la comunicación global. Al margen de nuestro ruidoso canon de movilidad total, Irazu siempre parece terminar dialogando con el demonio del reposo.

Estas obras parecen querer darle forma a la impotencia, convocar la zona cero de todos nuestros sueños. Lo durmiente, el entramado latente. Lo que era un medio, un proceso de elaboración, se ha elevado al rango de fin, de obra. Como una tramoya secreta que de pronto ocupase el primer plano. Muchos otros artistas han intentado esto. Pocos lo han logrado como Pello Irazu. Él no parece rechazar la dualidad, lo trascendente. Aunque se trate de una trascendencia desértica, hay incluso una suerte de metafísica, de pasión de lejanía trazada con estos materiales cruzados de interiores. Con ellos se teje una suerte de técnica naval al servicio del misterio de la quietud. Todo esto con la pertinencia actual de hacer restallar lo trascendente en la tensión de la inmanencia que yace ahí, en una proximidad que es un antídoto de nuestra fiebre de aislamiento.

Pero se trata de construir, no de utilizar un objeto ya existente. Para Irazu la flexibilidad de lo milenario debe insinuarse en los nuevos materiales, en su naturaleza híbrida, en su respiración visual. Como él mismo dice, no hay nostalgia en este trabajo. Si acaso, una nostalgia capaz de cabalgar la fulguración del imaginario contemporáneo. Los materiales parecen soñar con una partida, un viaje compatible con la más discreta inmovilidad. Se cosen con tablas la distancia, como en algunas deliciosas composiciones de Washington Barcala donde todo era viento, luz, velas sin destino.

A pesar de la falta de "nobleza" de los elementos (formica y metal ahuecado, cinta, madera ligera, encolada de piezas) el conjunto siempre recompone la enigmática dignidad de la materia, pues todo remite a un centro hueco, difícil de localizar. A veces los dibujos son como el mapa mudo, sin referente conocido, de un territorio que nunca veremos. El trazo irregular en negro se cruza con la cinta

rectangular, con el color azul o rojo, casi pop, componiendo por contraste una tercera zona de significación, ni ortogonal ni gestual. Y todo ello quizá tamizado por una limpieza de origen minimalista, por un silencio taoísta donde, una vez más, los viejos maestros vascos eran inimitables. ¿No fue también eso lo que Heidegger vio en Chillida?

Constructivismo en la geometría, minimalismo en el diseño y la economía de las piezas, arte conceptual en la capacidad de síntesis. Finalmente, el pop en el dibujo y en la saturación de los colores. Dicho sea de paso, no estoy seguro, de que la aparición más o menos figurativa del rostro no enturbie un poco en esta exposición la limpieza de una propuesta que tiene la virtud de rehuir al mismo tiempo el calor ingenuo de lo figurativo y la frialdad de una geometría sin tierra.

Madrid, 30 de junio de 2004.